

Rudyard Kipling

El Jardinero

Damos este cuento, traducido para ATE-NEA, del último libro que, recientemente, ha publicado en Londres Rudyard Kipling, «*Debits and Credits*», cuya aparición ha sido considerada por la crítica como un acontecimiento literario de primera magnitud y tanto más celebrado cuanto que el glorioso anciano produce ahora muy de tarde en tarde.

TODOS en la aldea sabían que Elena Turrell era honrada y cumplidora de sus deberes y que había dedicado su corazón y su vida a su sobrino, el desgraciado hijo de su hermano. Tampoco se ignoraba por la vecindad que George Turrell había sido un tunante, de vida escabrosa, con muchas alzas y bajas, a quien tan pronto se veía bien lenido y contento, como abatido y descuidado. A pesar de ocupar el puesto de Inspector de Policía, se encontró, debido a su mala cabeza, enredado con una mujer de baja esfera y de pésimos antecedentes. Murió de manera violenta pocos días antes del nacimiento de su hijo. Sus padres ya no existían. Elena, que tenía 35 años y vivía independiente, pudo haberse desentendido, pero no lo hizo.

Se hallaba en Marsella, por motivos de salud. Buscó una nodriza, y, sin más preámbulos, solicitó el chico, que le fué entregado sin resistencia. Entre gente de esa clase todo se re-

duce a sacar dinero; y, al ceder su hijo, la mujer pensó que se le presentaba una inagotable mina en la señorita Turrell.

El niño recibió en la pila el nombre de Miguel y luego su tía le descubrió un marcado parecido con la familia Turrell.

—«Tiene la boca muy chica y esto no es «nuestro» —repelía —pero de «esa» no tiene ni una línea el chiquillo».

En poco tiempo Miguel se había ya ganado la voluntad de su tía. A los seis años quiso saber por qué él no decía mamá como los demás niños. Entonces Elena tuvo que explicarle su parentesco de «tía».

—«Si te gusta puedes llamarme mamá, «pero sólo al tiempo de acostarte, cuando estemos solos».

Miguel guardó este secreto fielmente y sólo al dormirse daba a la tía el tierno calificativo. Elena contaba como gracia del niño este solemne convenio cuando recibía a sus amigas, y todas lo celebraban enternecidas.

Un día, el pequeño sobrino oyó comentar su situación con lujo de detalles: se sintió ofendido y traicionado.

—«¿Por qué contó?... ¿por qué contó?» —interrogaba a su tía.

—«Porque es mejor decir la verdad» —respondía la tía acariciándole.

—«Sí;... pero cuando la verdad es fea es mejor no decirla», rezongaba el chiquillo enojado.

—«¿Te parece, hijo...?»

—¡Hijo!... hijo... no, yo nunca más le voy a decir Mummy ni cuando me vaya a dormir. ¡Ud. contó eso!

—¡No seas malo Miguel! —dijo Elena tratando de tomarlo en sus brazos.

—«¡No quiero! Yo no la quiero... ¡Verá Ud. lo que voy a hacerle cuando yo esté grandel»

—«¡No hables así que me da miedo! No sabes por qué... ¡en fin!».

El chico la miró con ojos muy abiertos y, como gozando de haberla atemorizado, le dijo sentenciosamente:

—«Cuando yo me muera, entonces, sí, entonces voy a poder hacerle algo, tía.»

— «¡Esto sí que es gracioso! ¡Pero si yo me moriré mucho antes!»

—No sabe nadie el día ni la hora: así me lo ha contado la Emma (sirvienta vieja): Muchos niños mueren todos los días. ¡Ya lo va a ver!

Elena, impresionada de veras, se levantó para salir de la habitación; pero cuando iba en la puerta oyó:—¡Mamá, mamá!—y no pudo resistir. Volvió y los dos lloraron, abrazados estrechamente.

A los diez años, tuvo ocasión Miguel de saber por alguien que sus pergaminos no eran muy limpios y su estado civil no estaba determinado correctamente. Acudió a la tía en demanda de noticias, y como ésta sólo le pudo responder con evasivas y hasta contradicciones, el muchachito le dijo terminante:

— «No creo nada de lo que me ha contestado; pero, cuando la gente «habla», por algo será; y si mis padres hubieran sido realmente casados, nadie se ocuparía de esto. Sin embargo, tía, en la Historia figuran grandes hombres como Guillermo el Conquistador... por ejemplo, de origen igual al mío. ¿Será una afrenta que yo naciera así?»

— «Eso... mejor es no moverlo, Miguel, por...»

— «Bien. Nunca más trataré del asunto, si tanto le hace sufrir.»
No volvieron a tocarlo.

Después de vacaciones el niño enfermó.

Durante los quince días que pasó en cama con fiebre alta, tuvo delirio y su tema fué siempre el mismo: su nacimiento y la diferencia entre él y los demás muchachos.

La tía le juraba una y mil veces que «todos, absolutamente todos los niños eran iguales».

Pasó la fiebre, Miguel se repuso y volvió al colegio.

Contaba 18 años cuando se enroló en el ejército y partió a la guerra.

Antes de separarse, tía y sobrino tuvieron una conversación de importancia:

— «Espero, mi querido niño,—dijo Elena—que ya habrás olvidado aquella tontería que te dijera la pobre Emma.»

— «No, tía; eso no me preocupa ahora. ¡Voy contento a servir a mi Patria y .. que venga lo que venga!»

El batallón en que le tocó salir tuvo la suerte de ser colocado en un puesto de poco peligro para los «niños» de ese contingente, formado por ciudadanos recién recibidos de bachilleres colegiales entusiastas, valientes y sin reflexión.

• • •

Pasó un mes. Elena había tenido noticias del militar, buenas noticias, recibidas en una cartila corta en que Miguel le contaba su vida de campaña, muy accidentada en cuanto a trabajos en las trincheras, pero todavía sin peligros a la vista.

Corrió otro mes y medio más, sin cartas ni noticias; la tía se desvelaba y empezó a preguntar a las personas más destacadas del pueblo «si algo nuevo se sabía»; pero no le decían nada. El Cura le predicaba paciencia, fe y, por último, resignación. Una vecina le relató casos de madres que habían llorado por muertos a sus hijos los cuales, de manera sobrenatural, aparecieron vivos.

Con todo esto, ella pensaba en desastres y quería hacer el ánimo a todo.

Una tarde, la jefe del telégrafo mandó con su chico un papel doblado para la señorita Elena y se quedó pensando:

— «¡Ya le llegó el turno a la pobre tía!

Elena estaba lavando los vidrios cuando recibió el telegrama en que le anunciaban: «Una granada al estallar en las trincheras, había ocasionado en el batallón de los 33 varias pérdidas. Algunos soldados desaparecidos».

Desde entonces su vida no fue otro objeto que averiguar, por todos los medios a su alcance, si su sobrino se contaría entre los «desaparecidos». No se daba reposo; escribía, preguntaba, telegrafaba. Cuando las fuerzas la iban abandonando, le llegó un despacho militar del cuerpo de ejército en que su sobrino, se enrolara. Decía, sin piedad:

— «De orden del Comandante del batallón 33; a Elena Turrel, como próximo pariente del fallecido alférez Miguel Turrel. Ha sido identificado, y sus restos sepultados en el Cementerio Militar de Hagenzeele».

A este documento acompañaba su carnet, una hoja de libreta escrita con lápiz indeleble y su reloj de plata. Indicaba también el número de la tumba y la fila en donde estaba.

Ahora debía encontrar ese pedazo de tierra que guardaba el cuerpo de Miguel.

Al principio le pareció muy sencillo ir adonde el papel le señalaba.

Resuelta ya a emprender su peregrinación, pudo sacar en limpio que, para llegar a Hagenzeele, debía tomar el tren, después el bote y con unas dos horas de navegación, arribaría al puerto donde podría pasar la noche en confortable hotel, y a la mañana temprano, caminando a pie una distancia de pocas cuadras, llegaría hasta la tumba.

— «¿Sabe Ud. bien cuál es la tumba?» —preguntó a Elena un vecino que la despedía.

— «¡Oh! sí, gracias» —respondió.

Al mismo tiempo le mostraba la hoja de papel con las señas.

En la primera oficina por la cual tuvo que pasar, para llenar las formalidades del caso, se encontró con un cuadro triste: una pobre mujer alta, demacrada y con semblante de dolor rabioso, hablaba sollozando:

— «Tengo que encontrarlo. Se llamaba Anderson. Me lo mataron en Dickesbush. Tenía 15 años. Si no lo encuentro me volveré loca».

Así dijo y se desplomó sobre el escritorio del Oficial.

La esposa de éste salió inmediatamente, la tomó y la llevó a su cama.

— «Todos los días se ven estas cosas aquí—dijo—Esta infeliz tiene la cabeza mala; ayer aseguró que habían asesinado a su hijo en Hooge. Y Ud. ¿tiene seguridad de dar con «su» sepultura? No lo crea tan sencillo» —agregó dirigiéndose a Elena

—«Sí, la tengo; gracias»—respondió ella alejándose de allí por temor de la pobre mujer.

• • •

Entre la multitud que pechaba cerca de la boletería para tomar sus pasajes, una inglesa de regular edad, sencilla en su vestir y de figura corriente, le sonrió con modo amistoso, dispuesta a entablar conversación.

—«Yo también voy por el camino de Ud. a Hagenzeelè—le dijo—aunque no precisamente allá mismo sino a la «Rosiére», un poco al sur, cerca de la refinería de azúcar. Justamente deslinda con Hagenzeele Tercero. ¿Tiene pedido su cuarto al hotel?»

—Sí, ya lo he solicitado por telégrafo. Gracias.

—¡Muy bien hecho! porque a veces es verdad que no hay ni una alma y otras está eso lleno de pasajeros. Se llama El Leon de Oro, y tiene ahora hasta sus baños tibios, como que es frecuentado por la mejor gente.

—Todo esto es nuevo para mí—dijo Elena—Vengo por primera vez.

—¿Es posible? Yo hago ahora mi noveno viaje, desde el Armisticio, no por mí, a Dios gracias, pues no he perdido a ningún pariente; pero no faltan personas amigas a quienes hacerles el favor de venir a ver, a buscar la tumba del ser querido y hasta tomar la fotografía para consuelo de muchos. Llevo hoy varias comisiones. Mi sistema es juntar algunas de la misma fila, tomar bien la orientación y en seguida me embarco con mi Kodac. ¡Qué consuelo para los deudos! ¿No?

—¡Sin duda, ya lo creo!—contestó la tía estremeciéndose.

—Si no fuera así, me parece que no tendría yo tantos y tantos pedidos. Quince nombres llevo aquí—agregó con cierta complacencia, acariciando su máquina fotográfica.

Después:

—Esta noche debo sortearlos. ¡Ah!... me olvidaba: y Ud. ¿por quién viene?

—Por un sobrino.

La otra continuó reflexionando en alta voz:

—Yo pienso siempre sobre el «más allá» y lo que veremos después de la muerte. ¿Qué cree Ud?

—Nada me atrevo a pensar ni quiero suponer.

—Tal vez tenga razón; es preferible no escudriñar. Bastante hay con lo que vemos y sufrimos. Bueno... ya no la atormentaré más.

Sin embargo, comió en la misma mesa y Elena tuvo que oírle una larga retahíla de nombres y señas de las 15 comisiones. Por fin, a las 9, se pudo retirar a su habitación. Pero casi inmediatamente le golpearon la puerta: la señorita Scarworth (así se llamaba) venía con su lista en la mano.

—Sí,—exclamó—comprendo que la tengo aburrida, enferma, hostigada ¡pero debo decirle algo! Supongo que... ¿Ud. es soltera?... ¿No ha querido casarse? En fin, no importa. ¡Debo decirle a alguien, no puedo ya soportar más!

—¡Por favor!... escúcheme.—La señorita Scarworth se había apoyado contra la puerta cerrada y gesticulaba de un modo extraño.

—Hace un momento—continuó—que le he revelado el objeto de mi viaje: mis tumbas, mi espíritu de llevar consuelo a los que perdieron sus deudos. Es así realmente; traigo «comisiones» que cumplir; pero no todas, no todas lo son...

Sus ojos vagaban con extraviada expresión.

Mire ¡qué raros son los papeles de la pared! Como le iba diciendo: le juro que son encargos; pero... también he de decirle que «Una» hay para mí que me importa más que todo lo del mundo entero! ¿Me ha comprendido?

Elena movió la cabeza en señal de haber entendido.

—Más, mucho más que todo; y a pesar de eso, no debiera confesarlo! no debiera hablarlo! Esa tumba, ese recuerdo es de algo que debo olvidar. Aquello fué... y es aún! Y por esto vengo y tomo las comisiones. ¡Por pisar esta tierra; por rondar estos sitios!

—¿Y por qué tiene Ud. esta expansión conmigo?—preguntó Elena.

—¡Porque estoy cansada de mentir, de fingir y de inventar! por eso! Cuando no estoy diciendo alguna mentira, la estoy pensando. ¡Ah!, señora, Ud. no sabe mi martirio. Es una de aquellas cosas que se quisieran borrar. He de seguir viviendo a pesar de todo. Mañana voy por la novena vez y quiero, antes de ir, haberlo confesado con alguien, porque es indigno llegar otra vez manchada, ennegrecida por la mentira de tantos años. ¡Quiero pronunciar siquiera una vez la palabra que ha pugnado por salir de mi boca y que la vergüenza me ha obligado a cambiar por una cobarde negativa: ¡Soy madre! ¡Soy madre! ¡Oh! tumba más feliz que yo!...

Elena callaba, respetando ese dolor. La señorita Scarworth se despidió con un abrazo, muy emocionada.

• • •

A la mañana siguiente, la tía de Miguel se dirigió al campo santo. La senda era derecha y plana; el tránsito había suavizado de tal manera el pavimento, que parecía de una sustancia metálica. Allí en el Cementerio estaban 21 mil soldados; un inmenso mar de cruces negras, cada una con su número en un latón colgado. El terreno presentaba hacia el poniente otro mar de lápidas blancas. Elena consultó su papel, miró en una y otra dirección, fué hacia arriba y hacia abajo; pero para confundirse todavía más. Nada había que coincidiera con la dirección de su tumba. Volvió por otra calle donde encontró algunas recién cerradas.

Un hombre arrodillado junto a una lápida plantaba flores y recortaba los bordes de «boj». Elena se dirigió a él con su papel en la mano.

—¿A quién busca Ud. señora?

—Al teniente Miguel Turrel, mi sobrino—y repitió lo que había dicho ya mil veces.

El hombre, levantándose del suelo, la miró con profunda compasión. Luego dirigiéndose a ese mar de cruces desnudas, le dijo:

—Venga; yo le mostraré la tumba de su hijo.

• • •

Cuando Elena se retiraba, vió hacia el fondo del Camposanto al «jardinero» que seguía plantando flores y con la brisa de la tarde que soplaba, pudo escuchar su canto monótono:

—Yo sé que tengo una tumba
pero no sé cuál será;
Dios del cielo que me mira...
¡sabrá muy bien dónde está!